

he extendido demasiado en una carta que abarca un plan ambicioso, y en donde pensé referirme a la cuestión universitaria para renovar mi fe en la tesis de la autonomía, que sostuve y he sostenido más o menos un millar de veces en mi vida. Pero como el jesuita Gracián dijo: "Lo bueno, si corto, dos veces bueno", será mejor dejar el resto para otro cualquier día.

Desde luego, quiero declarar que miro con toda neutralidad estas cuestiones, porque estoy muy lejos de pretender intervenir nunca, de nuevo, en materia de educación. Para tener algún contacto con las nuevas generaciones me sobra y me basta el ejercicio de la cátedra, mientras pueda en ella mantener viva alguna corriente de simpatía que me haga

sentir como dentro de un diálogo cordial, así difieran mis ideas de las de mis alumnos. Después de todo, quien algún afecto ha tenido a las aulas, desea siempre que el cultivo de la inteligencia que en ellas se practica ocupe en su vida cotidiana algunas horas. Porque ese cultivo no decaiga, por que quienes a él se dediquen lo hagan en las condiciones más ventajosas, yo proclamo la urgencia de tener una escuela de bachillerato buena en Colombia.

Ruego a usted excusar la desusada longitud con que me he producido, y créame su servidor y amigo,

Germán Arciniegas

Año preparatorio

Muy de veras celebro que se agite en la prensa lo relativo al año preparatorio o primer año universitario. No hace veinte días había invitado a profesores y estudiantes a un debate tendiente a ilustrar la opinión pública sobre ese asunto. Nadie atendió esa insinuación que de cumplirse habría contribuido a evitar que a estas horas anduvíramos tan confusos en el particular muchos que tenemos obligación de hallarnos mejor enterados. Encantado, pues, con la docta exposición del profeta Restrepo Millán, y muy agradecido por sus benévolos conceptos para este su desorientado amigo y sincero admirador.

Consiste mi desacuerdo con el doctor Restrepo Millán, más que en la esencia de la cosa, en la manera como se creó y se la ha estado llevando a cabo. No es fácil para mí, maestro ocasional e improvisado, competir con gentes educadas para el oficio con una sólida base de humanidades. Mi objeción principal es más de carácter educativo que de orden instructivo, y la explico así: en el estado actual del preparatorio, llámesele como se le llamare, ni los estudiantes se sienten universitarios, ni los decanos y profesores de la

universidad los consideran como tales. Y aquí topamos con un factor psicológico cuya importancia no deben desconocer los pedagogos. La naturaleza del estudiante es muy sensible a los pasos de un grado a otro; en los institutos donde hay primera y segunda enseñanza es notorio el interés del niño por conquistar la entrada a la segunda, y poderoso el estímulo que esto implica para el maestro como palanca. En la transición del bachillerato a la universidad, hay algo más: lo que va de los "tiros" cortos a los largos. Piense usted, mi amigo, lo que significaba para las mujeres de nuestro tiempo (del mío quiero decir), en un momento dado, el derecho a cambiar de peinado. Cosas pequeñas son estas, pero ellos constituyen la mitad de la vida. Pequeñas grandes cosas que no se encuentran en los libros, pero que nos atropellan diariamente en la realidad; pequeñas grandes cosas que ignoran los pedagogos y conocemos los hombres.

Colocados como están los bachilleratos en un estado intermedio, carecen del contacto e influencia de los decanos y profesores de la universidad que no tienen mando sobre ellos,

ni tienen por qué sentirse responsables de individuos que se encuentran en un período transitorio de experimentación. Sus catedráticos van a estar a su lado apenas diez meses para recibir al cabo de ellos otro contingente en quien continuar o modificar el ensayo instructivo; por tanto no es justo exigirles un empeño propiamente educativo sobre sus alumnos, que alumnos y no discípulos es lo que más pueden hacer ellos en este caso. Dentro de estas condiciones la moral del estudiante tiene que afectarse, ya que a su edad no conviene que se encuentre completamente desprovisto de todo control disciplinario.

En los puntos que toca el doctor Restrepo Millán, quiero apenas, colocándome en sus terrenos, observarle en cuanto se refiere al latín, en que él es maestro insuperable, que encuentro en extremo difícil poder desarrollar un programa tan amplio y tan atractivo como el que él indica, sobre alumnos que, de acuerdo con los programas oficiales de segunda enseñanza, no han tenido como obligatorio el estudio de esta lengua. Y por lo que hace a detalles de organización del curso preparatorio o primer año universitario, me propongo únicamente presentar aquí este para que se me diga imparcialmente si aquello tiene alguna seriedad. Al curso ingresaron en 1937 doscientos cuarenta y seis alumnos. Al fin del año fueron excluidos de examen por nota previa buena y muy buena, 186; trece no se presentaron y solamente 47 fueron sometidos a examen como dudosos; de éstos apenas cinco fueron reprobados. Ahora bien: es muy raro el estudiante que obtiene una exclusión en su colegio, y un fenómeno, aún en las escuelas de primeras letras de manga más ancha, que lleguen a cinco los excluidos sobre un total de sesenta o setenta niños. ¿Cómo se explica que al terminarse el primer año universitario, alumnos que han sido censurables como "ignorantes" y "desapli-

cados" por los mismos elementos universitarios, resulten prodigiosamente modificados y alcancen una proporción escandalosamente crecida de exclusiones?

Hallazgo singular el que encuentro en el escrito a que vengo refiriéndome: el sistema Decroly llevado al primer año universitario; porque no otra cosa es el caso del plan, el de los transportes y otros no menos ilustrativos que cita el profesor Restrepo Millán. Yo entendía que el médico belga que tan sarandeadó ha sido aquí en los últimos tiempos por la prensa, había preconizado sus métodos únicamente para la escuela primaria. Parece que el señor Karsen, autor intelectual del preparatorio, los ha presentado allí disfrazados bajo el nombre de "métodos de proyectos" (quizá sería mejor decir proyectos de métodos).

Me recuerda este caso un aviso que suele aparecer en los diarios. "Instituto Montessoriano para señoritas (enseñanza secundaria y profesional)"; y yo—ignorante de mí—creía que la doctora italiana predicaba su doctrina pedagógica exclusivamente para párvulos hasta el límite de seis o siete años.

Por lo demás, y creo haberlo dicho claramente en mi escrito anterior, vería complacido el establecimiento del discutido curso preparatorio como primer año universitario, en cada una de las facultades de la universidad nacional, bajo el programa y régimen que los rectores de ella juzguen más adecuado y eficaz para el adelanto de los jóvenes que allí se matriculen. Lo que yo he encontrado inconveniente en alto grado, es la fusión de estudiantes que llevan diverso camino, en un solo curso que necesariamente ha de ser caótico por mucho tiempo.

Tomás Rueda Vargas

El año preparatorio

A nuestro modo de ver, los problemas de la segunda enseñanza y de la universidad se han complicado inútilmente por no haber tomado a su debido tiempo medidas de orden

que eran elementales. Si en presencia de los resultados que produjo el primer examen de revisión, por allá en 1924, se hubiera abocado formalmente el problema del bachillerato,